

La globalización y su impacto en las áreas urbanas de América Latina

Amalia Inés GERAIGES DE LEMOS

Departamento de Geografía FFLCH-Universidad de São Paulo (Brasil)
amain@usg.br

Recibido: 30 de marzo de 2004.

Aceptado: 30 de septiembre de 2004.

RESUMEN

La globalización está afectando al conjunto de la Tierra y la Humanidad. Pero está teniendo un especial impacto en la América Ibérica. En especial, por el fuerte significado y los profundos frutos del modos de producción material y espiritual que resulta del capitalismo, como una forma de organización de civilización, de la vida, la producción y el consumo, pero también de un fenómeno cultural y espiritual profundo. Un modo y un fenómeno económico y cultural que tiene, desde hace unos cinco siglos, unos frutos muy significativos, aunque dentro de unos períodos muy distantes y muy distintos.

Palabras clave: Geografía humana. Globalización. Capitalismo. Cultura. América Ibérica.

Globalization effects on urban areas in Latin America

ABSTRACT

Globalization is affecting the Earth and Humankind in general; it, however, has a special impact on Ibero-America. Capitalism implies a material mode of production that organizes our civilization, life, production and consumption, but it is also a deep cultural and intellectual phenomenon. It is an economic and cultural mode and phenomenon that, in the last five centuries, have yielded relevant results but in very different and set-apart periods.

Key words: Human Geography. Globalization. Capitalism. Culture. Ibero-America.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Las áreas urbanas globalizadas de América Latina: un panorama de los territorios de sus ciudades. 3. Las etapas del proceso de urbanización latinoamericana. 4. Bibliografía.

El final del siglo XX trajo a nuestro cotidiano y a nuestra conciencia la existencia de un proceso que está transformando nuestras vidas y nuestras realidades. El capitalismo, no solo como sistema económico, sino también como un modo de producción material y espiritual, al mismo tiempo nacional e internacional, se ha convertido en un proceso civilizador universal. A este proceso llamamos «globalización».

1. INTRODUCCIÓN

El proceso civilizador del capitalismo puede ser considerado como la historia de la ocupación del mundo, de la globalización del mundo, o de la mundialización de

las formas de vivir y organizar el espacio geográfico. Es una manera de organizar la vida, la producción, el trabajo, el consumo, una forma de civilización que se extendió por todo el mundo y continua haciéndolo por todas las partes de la tierra. «Como un sistema vivo y en constante expansión, el capitalismo existe hace cerca de 500 años. Siempre fue internacional en su esencia y durante los dos o tres últimos siglos alcanzó dimensiones globales». (Sweezy, P., citado por O. Ianni, 1995, p. 55) El proceso civilizatorio es un fenómeno cultural en el mas amplio sentido de la palabra, y «...se despliega en el tiempo y en el espacio con velocidades y modalidades diferentes. No es lineal ni previsible». La mayoría de los hombres ocupa un lugar y cumple una función y la integración en la sociedad adquiere un grado notable. Este panorama no incluye ni excluye las viejas desigualdades sociales. (E. Tenti Fanfani, 1999, p. 9)

Este proceso histórico se concretó en una mundialización o una globalización del mundo. Un proceso al mismo tiempo social, económico, político y cultural, «...en el cual se mueven individuos y multitudes, pueblos y gobiernos, sociedades y culturas, lenguas y religiones, naciones y continentes, mares y océanos, formas del espacio y posibilidades de tiempo». (O. Ianni, 1995:65) La esencia del capitalismo como racionalidad incluye su irracionalidad, sus contradicciones. Así, continuando citando a Ianni, afirmamos con él: «Se puede hablar en capital y trabajo, pobre y rico, centro y periferia, industrializado y subdesarrollado, dominante y dependiente, pero también se puede hablar en producción y consumo, empleo y desempleo, riquísimo y paupérrimo, integración y fragmentación, masificación y soledad. Hay siempre un extraño PATHOS atravesando este proceso civilizatorio».

Así, hoy esta concepción dominante en su contenido, nos lleva a considerar que la modernidad, y sus preceptos, se tornaría mundializada según expresión de Chesneaux (1989), una expresión nada mas inexacta, pues no existe un «proceso de unificación del mundo en historia universal», como no existe un espacio unificado por ese occidente dominador, que Jameson calificó de «espacio mundial del capitalismo multinacional». Sería entonces, el espacio de la tercera fase del capitalismo, después del concurrencial, el de la etapa imperialista, es decir, la fase del capitalismo posmoderno, o sea «...el espacio de la acumulación flexible que se caracteriza por una hipermovilidad del capital, tendiendo a una existencia nómada, y por la integración flexible de una pluralidad irreductible de estrategias de exploración y de modos de dominación que ponen en concurrencia los que reciben salarios, en el seno de una inmensa jornada de trabajo en escala planetaria». (G. Benko, 1996:42)

Aldo Ferrer en su libro «Historia de la Globalización» afirma que «...la economía mundial en estas últimas décadas del siglo XX ha vinculado aún más la realidad interna de las naciones con su contexto externo. La expansión del comercio, las operaciones transnacionales de las empresas, la integración de las plazas financieras en un megamercado de alcance planetario, y el espectacular desarrollo de la información, han estrechado los vínculos entre los países.» (1996:11). El ápice de este proceso se produce con la formación de los grandes bloques económicos y el agrupamiento de los espacios multinacionales.

Este período del capital transnacional y de la producción global, considerado como la «cultura de la mercadería» y de la «sociedad del espectáculo» no puede ser entendido como el punto final, el ápice, o la suprema realización del capitalismo,

después del cual el futuro sería el socialismo o tal vez una catástrofe. Esto sería aceptar el final de los tiempos, negar la historia, y negar la imaginación creadora de la humanidad.

Milton Santos afirma que para entender el proceso de globalización, como cualquier otra fase histórica, es necesario considerar «el estado de las técnicas y el estado de la política» (2000, 23). Entiendo que estos dos momentos, o fases, están íntimamente relacionadas, que no se pueden entender una sin la otra. Y Milton continúa: «En realidad, nunca hubo en la historia humana separación entre estas dos cosas. Las técnicas son ofrecidas como un sistema y realizadas en combinación a través del trabajo y las formas de elección de los momentos y de los lugares de su uso. Esto es lo que hace la historia».

En este final de siglo XX, los avances científicos trajeron una evolución técnica, cuyo más alto exponente son las técnicas de la información, que ejercen un papel importante en el conocimiento y en la trasmisión del mundo. Además este sistema de técnicas es comandado y determinado su uso y su localización por un sistema de normas de contenido político, político en el mas lato sentido de su significación. El autor antes citado continúa afirmando que: «Los factores que contribuyen para explicar la arquitectura de la globalización actual son: la unicidad de la técnica, la convergencia de los momentos, el conocimiento del planeta y la existencia de un motor único en la historia, representado por la plus valía globalizada» (op. cit.: 24).

Aunque los principios ampliamente difundidos, a partir de los años 90, como base de la globalización, sean en su mayoría de orden económico y técnico —las fuentes de la productividad cada vez más dependientes de la ciencia y de la tecnología, una economía planetaria sustentada por actividades relacionadas con la información (microelectrónica, informática y telecomunicaciones), los cambios en las relaciones de trabajo, que pasan de la producción fordista a una producción flexible; el dominio político del espacio de los flujos, sobre el espacio de los fijos— existe también una importante presencia de los procesos culturales e ideológicos.

«La globalización como fábula», en expresión de Milton Santos, es la manera como nos están transmitiendo informaciones que nos hacen creer que son conceptos de bases verdaderos. De tanto repetir una situación, terminamos aceptándola como verdad indiscutible. El autor nos da el ejemplo de la idea de la «aldea global», que ofrece una imagen deformada de la existencia de una difusión instantánea de las noticias que realmente informan a las personas. Así mismo se ha generalizado el mito de que ya no existen las distancias espaciales, que éstas fueron quebradas por la técnica durante un tiempo determinado. En fin, el mundo al alcance de todo el mundo. La real verdad es que las diferencias locales y el aislamiento todavía existen en el mundo. «Hay una búsqueda de uniformidad, al servicio de los actores hegemónicos, pero el mundo se torna menos unido, haciendo más distante el sueño de una ciudadanía verdaderamente universal» (Milton Santos, 2000, 19).

La idea de que vivimos en un mundo único se ha convertido en un cliché. Una serie de imágenes nos han proyectado hacia esa línea de pensamiento: fotografías del planeta sacadas desde el satélite Apollo, los anunciados cataclismos productos del efecto «estufa» y de las consecuencias del mal uso de la naturaleza, la imagen que transmite la televisión de que todo el mundo es feliz tomando coca-cola. En fin, falsas imá-

genes de la homogeneización de la humanidad y, al mismo tiempo, una conciencia de límites y diversidades producto de la persistencia de las culturas locales.

Por otra parte, en la fase actual de la globalización, a la vez que las diferentes naciones se aproximaron unas a otras para participar del mercado y favorecer la formación de bloques regionales, tuvieron que aprender a convivir con una mayor diversidad cultural en el interior de los límites del Estado-Nación. Surgen así nuevas formas de enfocar las concepciones del multiculturalismo y pluriétnicismo que se tornan realidades cotidianas, especialmente a través de los flujos culturales globales facilitados por la información y las imágenes. Estos flujos, hacen aumentar la necesidad del reconocimiento de ciertos derechos en países que todavía no los consideran; cite-mos la conciencia del derecho a la ciudadanía —tan precario en nuestros países—, los derechos de las minorías —sean negros, indios y otros— y que exigen que algunas decisiones políticas sean tomadas como determinaciones de esos flujos. «Estos acontecimientos, por la forma como normalmente se desenvuelven, traen consigo las nociones de humanismo y conduce a la imposición de reglas de comportamiento, dentro y fuera de los Estados que, una vez enfrentados, refuerzan la idea de la existencia de un palco mundial y de que el mundo está tornándose un lugar único» (Featherstone, 1990: 90).

Hasta el final del siglo XX, en la historia de los hombres, las relaciones sociales estaban limitadas por la existencia de un territorio y su cultura, la nación era la frontera mayor. La modernidad actual amplía las fronteras, amplía las posibilidades de una comunicación mayor, permitiendo una mayor posibilidad de las relaciones sociales. «El espacio de sociabilidad trasborda los horizontes hasta entonces conocidos» (Ortiz, 1997). Las consecuencias de estos procesos es que hay una difusión de patrones, de situaciones que nos son familiares en cualquier lugar del mundo. Por ejemplo, shopping, hoteles, taxis, cines, etc. y consumo de ciertas mercaderías que se dan en todos los lugares, Mac Donald, Mitsubishi, entre otras. Surgen grupos sociales que, en cualquier lugar que se encuentren, comparten los mismos imaginarios colectivos.

«La mundialización de la cultura modifica las relaciones sociales en el interior de la nación. Puede decirse que hasta hace poco tiempo la cultura nacional tenía el «monopolio de la definición del sentido de la vida colectiva»: Sea en la política, en la economía, o en la cultura, el Estado-Nación disfrutaba de una posición central. «Su capacidad de autoridad se encuentra, sin embargo, debilitada (lo que no significa decir que sea anacrónica o vaya a desaparecer)». Y continúa Renato Ortiz en su artículo sobre «La Mundialización de la Cultura»: «Mucho de la crisis de identidad de las sociedades contemporáneas transcurre de este hecho. Los símbolos y mitos nacionales sufrieron la concurrencia de símbolos y mitos mundializados. La memoria nacional, construida a lo largo de la Historia específica de cada país, está atravesada por sentidos que le escapan. La crisis es un señal de los tiempos».

Mas al mismo tiempo que la cultura global pareciera tornarse absoluta y que busquemos cada vez más en esta sociedad de la mercadería y del espectáculo consumir productos que nos identifiquen con los estilos y modos de vida de los estadounidenses, también hay una mayor identificación con lo que es local, propio de determinado lugar. La cultura local, como todas las expresiones del lugar, se yuxtapone a la idea de lo global que nos imponen los medios de comunicación.

En estos momentos en que se vive una visión —globalizada— del mundo, hay una intensa relación entre lo global y lo local en todos los enfoques de la ciencia. La percepción de intrincadas relaciones en el proceso del conocimiento entre local y total, trae también una nueva manera del análisis, porque al ser total no es determinístico y al ser local no se limita a una simple descripción. «Es un conocimiento que se sustenta sobre las condiciones de posibilidades de la acción humana proyectada en el mundo a partir de un espacio-tiempo local» (Souza Santos, 1989).

El espacio-tiempo local que siempre fue materia prima de la geografía, lo proyectamos en este momento histórico al asumir a Bosque Maurel cuando afirma que «...en todo el «espacio geográfico» mundial, la pugna entre las fuerzas de la «globalización» y del «localismo/regionalismo/nacionalismo» ha existido siempre y que, más o menos claramente, en el momento actual no faltan ni las fuerzas derivadas del sistema o sistemas determinantes de los «imperios formales» anteriores a la I Guerra Mundial ni, mucho menos, de los originales de la última «mundialización». Esa pugna materializada en los espacios urbanos de América Latina, muestra justamente toda la historia de los procesos de globalización que la pobreza impregna a sus funciones y estructuras. Continuamos pensando con Bosque Maurel cuando dice: «la democracia es, quizá, el principio activo más poderoso del siglo XX» (citando a Giddens, 2000: 82). Un hecho que, además, permite pensar en que se está produciendo «una mutación filosófica del hombre capaz de atribuir un nuevo sentido a la existencia de cada persona y también del planeta» (M. Santos, 2000, 174). Estos proyectos de democracia y de mutación filosófica del hombre, son probablemente las nuevas utopías que orientarán la vida de una población latinoamericana que todavía está muy lejos de estos ideales.

2. LAS ÁREAS URBANAS GLOBALIZADAS DE AMÉRICA LATINA: UN PANORAMA DE LOS TERRITORIOS DE SUS CIUDADES

La ciudad capitalista, es la gran obra de la geografía central de lo que llamamos modernidad. Los tiempos reverenciados como arquetipos se aglomeran y se superponen en el presente abusivo de la metrópolis, expresión máxima, porque es a un mismo tiempo, museo, multitud y fábrica. Este pensamiento de un filósofo latinoamericano (Casullo, 1989), nos presenta la realidad de la urbanización de nuestro continente.

América Latina nació urbanizada y también globalizada siendo hoy el continente con la más alta tasa de urbanización y concentrando en su territorio algunas de las áreas metropolitanas mayores del mundo como México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Caracas, Bogotá, entre otras.

Esta percepción nos muestra que, desde los inicios de la ocupación y organización de estos territorios, siempre fue un terreno propicio para la penetración de las visiones del mundo impuestas por las diferentes concepciones de globalización y de modernidad. Con la expansión europea, iniciase un comercio internacional con una clara hegemonía de los países colonizadores. Se abren nuevas fronteras, tiene lugar la introducción de nuevas técnicas y de nuevas ideas religiosas, políticas y sociales. El impulso dialéctico que generaron estos acontecimientos con la llegada de europeos, africanos y asiáticos en diferentes momentos históricos, produjeron diferentes etapas de

transformación y modernización —procesos de globalización— que inventaron la identidad de los que hoy denominamos «latinoamericanos». Esa perspectiva —utopía— de modernidad, de vivir en los preceptos de estar conectados con los iconos de la mundialización existente, provocó entre nosotros una profunda dicotomía, que nos da la sensación de vivir en dos mundos al mismo tiempo, con la experiencia de estar material y espiritualmente en un mundo que no llega a ser totalmente moderno, o cuando llega a serlo, solamente lo es para algunos grupos sociales.

La penetración de las «potencias atlánticas: la construcción del primer orden mundial» como rotula Aldo Ferrer, comienza a partir de la fundación de las ciudades en el siglo XVI, y con esa nueva organización espacial el territorio latinoamericano comienza a sufrir diferentes etapas del proceso de urbanización. Estas etapas, directamente relacionadas con los momentos de expansión de otros órdenes mundiales ya en el siglo XIX, fueron incentivando la formación de las áreas metropolitanas, como base de sus dominios urbanos.

Tampoco podemos dejar de considerar que aunque la máxima realización del proceso de urbanización se halla materializado en la formación de las áreas metropolitanas debido a su dimensión y ser la expresión máxima de la vida urbana, también debería considerarse que tales áreas tuvieron y tienen como vocación generar un proceso civilizatorio. No podemos negar hoy que son los territorios de la mayor segregación y de las máximas desigualdades sociales aunque cabría exigirles que cumplan con más intensidad su papel de generadoras de nuevas concepciones culturales.

Toda urbanización participa de un proceso social que exigió la transferencia de grupos sociales de las áreas rurales o de los pequeños núcleos de población hacia las grandes aglomeraciones urbanas, produciendo nuevas formas de organización de la sociedad contemporánea, a partir de nuevas formas de división territorial del trabajo y formando lo que se llamó el *ethos* metropolitano.

Tenemos que resaltar también el concepto de territorio que consideramos. El espacio contiene en su esencia el territorio. Este es una construcción histórica, social, política, que define su existencia en las prácticas sociales. Raffestin afirma que «El territorio, es un espacio donde se proyecta un trabajo, sea energía e información, y que, por consecuencia, revela relaciones marcadas por el poder. El espacio es la «prisión original», el territorio es la prisión que los hombres construyen para sí» (1993: 144). Y cabe considerar las metrópolis, las ciudades en general, según las define Milton Santos, como «...una región de lugares y al mismo tiempo un lugar, porque ella es una totalidad, dispone de un movimiento combinado según una ley propia, que es la ley del organismo urbano a la que está relacionada. La verdad, hay leyes que se suceden marcando el tiempo que pasa y cambia las denominaciones de ese espacio-tiempo que es la ciudad (1990: 243). A partir de esa concepción de ciudad cada lugar posee diversos territorios.

Con esa visión teórica consideramos que hay necesidad de periodizar el proceso de urbanización, en una globalización que consideramos de 500 años, para poder analizar con más intensidad las formaciones territoriales resultantes.

Toda periodización es un momento de opción del pensamiento, o sea, de valorar determinado momento en el tiempo. Milton Santos define los periodos como «... pedazos de tiempo sometidos a la misma ley. Los periodos se mantienen con la perma-

nencia de las estructuras y éstas se definen como conjunto de relaciones y de proporciones». (M. Santos, 1991: 243)

3. LAS ETAPAS DEL PROCESO DE URBANIZACIÓN LATINOAMERICANO

En el proceso de urbanización y en consecuencia el de metropolitización latinoamericana, así como de la formación de sus distintas formaciones territoriales se pueden destacar cuatro distintos momentos históricos.

1.º Período: la ocupación de América Latina por España y Portugal

La destrucción del sistema político, económico y cultural existente por otro nuevo. La caída de los dioses Aztecas e Incas y el reemplazo por la Cruz y la Espada. Esta penetración de nuevas formas culturales trae una organización espacial donde se materializa la colonización existente: Nueva España, Nueva Granada, São Salvador da Baía, São Sebastião do Río de Janeiro, transposición de lo simbólico y de lo imaginario a la tierra que se está ocupando y organizando. Se busca entrar con los productos de esta tierra en el mercado internacional de ese momento histórico o sea Europa Occidental. Ferdinand Braudel denomina este período de « un capitalismo en potencia que se perfila desde el alba de la Historia. Los signos de esa situación es la formación de las ciudades, el intercambio, el mercado de trabajo, la difusión de la moneda, el incremento de la producción y del comercio lejano.

España y Portugal trasponen al Nuevo Mundo las ciudades, el idioma y la religión. «Nació así una nueva sociedad y una nueva relación hombre-medio que, en definitiva, provocó algunas aglomeraciones humanas con funciones en esencia no agrarias y formalmente muy diferentes...» (Bosque Maurel, 2000, 34). España, con su modelo de urbanismo aplicado a todas las ciudades de hispanoamérica desde California a la Patagonia, un modelo «racionalista y ordenador, implicaba —implica— una mayor uniformidad y, en consecuencia, constituyó —y constituye— una poderosa fuerza globalizadora y globalizante» (Bosque M., op. cit.: 34).

Portugal, que a partir de una experiencia agraria y en función de crear una protección a las invasiones extranjeras, introduce en su colonia brasileña la conciencia y vivencia de la existencia de la ciudad. En ambos procesos urbanizadores existió siempre una ordenación formal y funcional del espacio urbano, marcando los territorios efectivos de la vida cotidiana y de la producción, de la distribución y del consumo.

2.º Período. Formación de un mercado internacional con centro en Inglaterra

Un momento que también podría llamarse de «Las Ciudades de los terratenientes», y en el que los lugares estaban marcados por las actividades económicas y políticas de Europa. Las fechas de partida de este proceso se daría con la Independencia de los diferentes países de América Latina. Y sus ciudades centrales y capitales, Bue-

nos Aires, Río de Janeiro, Santiago, Lima, Habana y México, se convierten en los símbolos del papel hegemónico y de las primacías económicas, administrativa, política y cultural que ejercían en sus respectivas regiones. Se produce en esos años un giro en la balanza del poder que se muda del ámbito agrario —donde lo ejercían los encomenderos, estancieros, exploradores de minas— a los nuevos estratos sociales, ahora urbanos, representados por comerciantes, financieros, transportistas, aseguradores, que manejan un nuevo tipo de «mercaderías».

Con el poder económico en otras manos, los señores del campo y de las minas se trasladan a los centros urbanos y, lentamente, la ciudad se va tornando en el eje alrededor de cual gira toda la economía caracterizada por la unión del capital comercial-financiero con el sector agrícola-minero.

«Con este equilibrio campo-ciudad —léase «acuerdo latifundistas-mineros-financieros-comerciantes»— alcanzado gracias a la reestructuración del poder y con los efectos que la Revolución Industrial y los grupos capitalistas extranjeros comenzaron a hacer sentir, el sistema urbano adquiere nuevos caracteres al fin de atender las necesidades originadas por el pujante capitalismo comercial-financiero-librecambista en estrecha relación con los terratenientes y dueños de minas» (García, Cordeiro, Izquierdo, 1987; 90).

Los centros urbanos que más se desarrollaron fueron los grandes puertos que relacionaban primero las ex-colonias entre sí y éstas con la metrópolis económica, es decir Londres. Esto explica el gran crecimiento de Buenos Aires, Valparaíso, El Callao, Cartagena, Veracruz, Habana, Río de Janeiro, que se transformaron en puntos obligados de la llegada de la mayor parte de los navíos que venían de Inglaterra, Francia o de España como también de otros puertos de los países vecinos, a donde afluían las mercaderías que serían embarcadas en ellos.

En este periodo que podría finalizar en la década de 1940, la urbanización en los países de América Latina es baja, alcanzando sólo al 37 por 100 de la población. La ciudad capital, la metrópoli, concentraba hasta el 35 por 100 de la población urbana del país y el resto se dispersaba entre las pequeñas y medianas ciudades.

Las ciudades organizan sus espacios a partir de la reproducción del Plano de París del Barón Haussmann. Se concretan en un único lugar; el centro; con una plaza central, con la catedral, el gobierno, los bancos, en fin, el territorio limitado por las actividades esenciales de la vida urbana y los barrios residenciales de las élites criollas. Su extensión no era superior en el comienzo a unos tres kilómetros lo que permitía recorrerlas a pie. Posteriormente, el tranvía y el tren permitieron una extensión mayor, pero aun con todo la expansión de los espacios urbanos era muy limitada.

En este período se «iba a la ciudad», lo que significaba ir al centro a hacer las compras, resolver los problemas en los organismos públicos, ir al cine, al teatro. El centro concentraba las expresiones de la cultura y el placer. Estos eran lugares de lujo y riqueza y sus nombres en general evocaban fantasías de fastuosidad. Era el tiempo en que los pobres no existían en tanta cantidad y no frecuentaban el centro. Eran lo que hoy llamamos «los pobres de siempre», que existieron en todas las metrópolis de América Latina y que en Santiago de Chile eran los «rotos», en Río de Janeiro los «favelados» y que, con más de un siglo de existencia, nunca llegaron a encontrar un lugar digno en estos territorios formados por el capitalismo mercantil. Esta pobla-

ción vivía de relaciones de parentesco, de compadreo, de pertenencias y solidaridades étnicas, culturales y especialmente religiosas. Para subsistir en las ciudades crearon sus propias formas de trabajo, muy simples y siempre ligadas a algún tipo de comercio o servicio.

Siempre existió en las ciudades de América Latina una gran disparidad social, que subsiste como un gran problema urbano crónico. Río de Janeiro ya tenía una población favelada considerable, expulsada del centro de la ciudad, así como también tenía sus «conventillos» al igual que São Paulo, y Buenos Aires. La literatura de esa época, así como los cantos y las músicas populares, recoge pruebas concretas de esa realidad.

También durante el proceso que compone este período, la ciudad capital, la metrópoli en general, se identifica con un papel regional y un conjunto de actividades relacionadas con la actividades político-administrativa. Estas funciones permitían la existencia de un conjunto de personas relacionadas con esos trabajos, y que constituían la clase media.

Los procesos de urbanización fueron facilitados por medios técnicos innovadores como los ferrocarriles, que permitieron el avance hacia el interior a la vez que alimentaban el sistema metropolitano. Milton Santos afirma que las ciudades de América Latina vieron aumentar su poderío a partir de la primera revolución de los transportes que reafirmó situaciones ya preestablecidas. Los ritmos de crecimiento de la población urbana fueron relativamente lentos, y en el paisaje, en las nuevas tierras, en los territorios ocupados por la inmigración euro-asiática, se pretendía recrear las imágenes de la nostalgia.

3.º Tercer período, el de la «Ciudad Industrial»

Este período ocupa el lapso de tiempo que va de 1950 a 1980. Es el gran momento de los procesos de urbanización y de metropolización en la mayoría de los países de América Latina.

Estas delimitaciones temporales aunque arbitrarias, nos permiten profundizar en ciertos momentos determinados. A finales de los años 40 tienen lugar profundos cambios en la urbanización de la América Latina. Hay una nueva distribución de la población en el espacio con la formación de nuevos espacios y territorios —como también una nueva estructura social derivada de las exigencias de esa nueva organización económica que paulatinamente va formando el ethos metropolitano.

Las crisis producidas por la depresión de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial, exigieron de América Latina cambios en las relaciones con el mercado mundial. Hay un nuevo momento del proceso de globalización. El capitalismo cambia de estructura, deja de ser mercantilista y se convierte en monopolista. Los países de América Latina ya no son simples proveedores de materia primas y se produce una intensificación de la industria combinada con la modernización de la agricultura. A las pequeñas actividades fabriles existentes desde el comienzo del siglo, se añade una intensa industrialización de reemplazo de las importaciones. Se trata de empresas de poca tecnología y escaso nivel de exigencias lo que acelera las migraciones en sentido campo-ciudad. Se calcula que el crecimiento urbano a lo largo de los años 40 alcan-

zó una tasa del 4 por 100 anual, y el de la década del 50 llegó presentó al más altos índice de urbanización, 4,6 por 100 al año. En el conjunto del continente, la población urbana significaba el 47 por 100 en la década de 50, pero todavía más de la mitad se concentraba en las pequeñas y medianas ciudades.

Durante los años 60 y 70 el incremento exagerado de la población urbana, a un ritmo del 6 al 7 por 100 anual, provoca un significativo proceso de transformación y ocupación de los territorios de las ciudades. Se produce el abandono de las poblaciones pequeñas y medianas en busca de las grandes ciudades y de la metrópolis. Hay una disminución de la mortalidad por la introducción de técnicas sanitarias, pero todavía es muy alto el índice de natalidad. La intensificación de los movimientos migratorios llega en esas décadas a su ápice. La ciudad de México recibe alrededor de 400.000 migrantes al año, y São Paulo le sigue de cerca, con 300.000. Los cambios en las relaciones de trabajo, la penetración de las técnicas modernas en el campo, la permanencia de estructuras agrarias anacrónicas, los movimientos de guerrilleros, la lucha contra las drogas, hicieron que la población que vivía en las áreas rurales, buscara la ciudad —la metrópoli— como refugiados, para no volver más a su lugar de origen.

Mucho se escribió y criticó las metrópolis de Latinoamérica definiéndolas como «gigantescas cabezas de cuerpos pequeños», forma metafórica a fin de explicar la organización espacial producto de la movilidad de la población rural en general, ideológicamente orientada y dirigida hacia las grandes ciudades en busca de las mejores condiciones de vida que la globalización de la época prometía.

La «macrocefalia» continental fue la resultante del concepto que se tenía en ese momento histórico del significado de la «metrópoli»: el lugar donde se alcanzaba una vida cómoda, con todo al alcance y donde el trabajo y la riqueza eran de fácil adquisición. Era el lugar del progreso, del enriquecimiento rápido, del anonimato, de la libertad, en fin de una serie de calidades ideológicas capaz de atraer la población a los lugares donde se localizaba el proceso productivo industrial y era necesaria la mano de obra.

El ápice del proceso que acabamos de describir se da en los años de 1960. Entonces el Estado se hará presente con la construcción de infraestructuras e intervendrá en la transformación de la ciudad que favorecerán una mayor rapidez en la reproducción del capital. A nivel social, permitirá el ingreso en masa al mercado de trabajo de gran cantidad de migrantes descalificados que ocupan las metrópolis y serán los obreros de la construcción de las nuevas necesidades ahora nacidas. Hay una carencia de construcciones para recibir las múltiples actividades que la ciudad está creando. El capital inmobiliario intensifica la industria de la construcción civil y ésta recibe los millones de migrantes procedentes del campo y solícitos para entrar en los nuevos trabajos.

Las ciudades, las metrópolis, se modernizan aceleradamente. En todas las actividades se exige abundante mano de obra descalificada. El crecimiento espectacular de las ciudades, sus edificios fabriles, sus centros comerciales, los barrios residenciales, que recogen los modelos más audaces de la arquitectura moderna son el fruto de esta época.

En las ciudades el desempleo era bajo una vez que los pobres no podían vivir sin trabajar, dada la precariedad del sistema de protección y providencia sociales. El

típico perfil de las grandes ciudades se caracterizaba por tener bajas tasas de desempleo junto con altas tasas de empleo eventual que a menudo significaba la mitad o más de la total fuerza de trabajo.

Milton Santos escribe en 1971 lo que denomina «el doble circuito de la economía urbana de los países subdesarrollado». Antes incluso de que los economistas se preocuparan de la existencia de dos economías, una «formal» y otra «informal» o «subterránea», el autor desarrolla toda una teoría del funcionamiento de los dos circuitos económicos existentes en las metrópolis del Tercero Mundo y en particular de América Latina. Integra también este trabajo, un exhaustivo análisis de las relaciones entre los dos circuitos y las diferentes variables del crecimiento, especialmente del cada vez mayor circuito inferior.

La rápida urbanización de este período, trajo a los principales centros de recepción —las metrópolis—, la oportunidad de dividir y parcelar grandes propiedades agrarias de los alrededores del centro urbano, que a causa de su desornada ocupación y faltas de infraestructuras fueron rotuladas de «periferias», concepto más sociológico que geográfico. Aumentaron así sensiblemente, las «villas miserias», las «favelas», a las que el geógrafo marroquí Mohamed Naciri califica de «formas subintegradas de crecimiento».

El paisaje urbano y la ocupación de los espacios de la gran ciudad presentan una diversidad de formas en las que está inscripta la pobreza y la «cultura de la pobreza» propia de la población que las ha creado y las ocupa. La expansión de las favelas, de las villas miserias, de la auto-construcción en escala, los innumerables conjuntos habitacionales promovidos por el estado y, como síntesis de la degradación ambiental, y de las malas condiciones de vida, los «conventillos», en el centro y ahora también en el área suburbana considerada como «periferia». Y así en este período de gran desarrollo económico y político, la incorporación popular a esos procesos fue muy desigual teniendo como consecuencia la expansión de la «marginalidad». La tradicional pobreza del campo de América Latina se había trasladado y materializado en la ciudad, en la metrópoli.

En estos procesos de acelerada urbanización se produce la masificación de la sociedad urbana y, como consecuencia, los distintos lugares de la ciudad son masificados. Las parcelaciones crecen a fin de recibir poblaciones en masa, y al mismo tiempo se masifican las formas de vida, las formas de consumo y las mentalidades en las metrópolis.

Gabriel Kohn define masa afirmando que «... el término designa una colectividad de gran extensión heterogénea cuanto al origen social y geográfica de sus miembros y desestructurada socialmente. Esto es, trátase de un colectivo, contiguo o a distancia, de individuos indiferenciados cuanto a normas de comportamiento, valores y posiciones sociales por lo menos en aquellos que dice respecto a una situación determinada». (1971:1).

Los grandes protagonistas de estos períodos son la burguesía y la clase obrera y todas las manifestaciones sociales, económicas, políticas, culturales y por lógica espaciales y territoriales estarán marcados por esta relación. «Los patrones y los obreros integran una unidad civilizatoria que en gran medida los comprende y engloba.» (Tenti Fanfani, 1999: 9).

La ciudad con un espacio central se convierte en policéntrica, ya que la gran cantidad de funciones que ejerce no le permiten concentrarse en un único lugar. Hay una

fragmentación de los espacios y de los territorios, consecuencia de la introducción del automóvil y de los medios de transportes técnicamente más evolucionados: ómnibus, metro, tranvías, etc.

4.º *Periodo. Globalización*

El cuarto período, el de la globalización actual, que está produciendo la ciudad mundial, podría delimitarse en términos cronológicos entre los años últimos de los Ochenta y el final del siglo XX.

El momento de exaltación de las grandes ciudades está en crisis, la utopía de la modernidad que consideraba la gran ciudad como uno de los puntos principales del desarrollo humano a través del tiempo fallaron. Aun en las ciudades cargadas con los signos del pasado, como México capital, los problemas del presente y la perplejidad de un futuro incontrolable, reducen los grandes proyectos temporales a las exigencias de la cotidianidad del espacio. La ciudad mundial, o globalizada, es una ciudad fragmentada por la cotidianidad de los lugares y de sus problemas. Los movimientos populares urbanos dominan la ciudad que viven, su visión es local y parcelada: los buhoneros del comercio ambulante en el centro viejo, en lucha constante; los barrios buscando mejores condiciones de habitabilidad, los sin techo, los sin trabajo, los que habitan en las calles. Según Canclini hay una desterritorialización de la ciudad como un todo y una deshistorización de la cultura transnacional, que añade: «...y buscan nuevas formas de arraigo: revaloran el barrio en algunos casos, el centro histórico en otros, el conjunto de la ciudad una minoría». Hay una nueva territorialización producto de las necesidades locales para poder enfrentar el desarraigo que trae adjunto el proceso de globalización.

Además de la ciudad histórica, y de la ciudad industrial existe también la ciudad globalizada o mundial, conectada con las redes mundiales de la informatización por la economía, las finanzas y las comunicaciones.

Las teorías de la urbanización latinoamericanas caracterizaban a la ciudad por su gran diferencia con el campo y por la transferencia de la mano de obra de las labores agrícolas a las secundarias y las terciarias. Hoy, esta dinámica que se reprodujo en prácticamente todas las ciudades grandes y medias ya no existe.

El agente más dinámico de la absorción de la fuerza de trabajo que era la industria, ya no cumple ese papel. Hoy la dinámica urbana está regida por los procesos informacionales y financieros. Este cambio está llevando a reconceptualizar las funciones urbanas. Todas las actividades sean agrícolas, industriales y servicios están interaccionados por los procesos de información, por la tecnología de producción, de gestión, de comercialización. Estos movimientos de transformación se realizan en las metrópolis, que son los nudos de las interconexiones. Es una economía intensamente transnacionalizada, y las principales metrópolis, como São Paulo, Buenos Aires, México, Río de Janeiro, Caracas, Santiago, ejercen una jerarquía dentro de esas relaciones, comandadas por las verdaderas metrópolis mundiales: Nueva York y Tokio. Hay una nueva escala geográfica dentro de la perspectiva urbana y mundial: lo local, lo nacional, lo internacional.

Castells rotuló a este proceso como la «Network City», constituida por las ciudades que participan del sistema dejando de lado la inmensa mayoría de la población que no tiene condiciones ni perspectivas de entrar en ese sistema. Así mismo definió la ciudad como «Dual» los que participan, los conectados y los otros, los excedentes.

La ciudad y los empleos urbanos están organizados en función de la complejidad de esa articulación internacional que requiere aparatos de gestión empresarial y de comunicación y procesamiento de la información técnicamente avanzados. El espacio urbano es definido a partir de las inversiones y de los empleos que se generan en función de estas nuevas actividades. Nacen territorios nuevos, en lugares también nuevos, a partir de tres dimensiones prioritarias: las redes, las instituciones y, espacialmente, por la localización de las empresas. En esos nuevos territorios no llegan problemas históricos de la ciudad. En esa nueva ciudad globalizada es el trabajo y los que participan de él los que definen los territorios de la ciudad mundial. Los servicios son considerados como la esencia del nuevo trabajo y éste se convierte en sinónimo de calidad de vida. Tiempo de trabajo y tiempo de vida están imbricados.

Con estos nuevos actores sociales ¿cómo se está definiendo el proceso de urbanización en los días actuales? Los órganos oficiales, en conjunto con la iniciativa privada, otra característica de la sociedad globalizada, están trabajando para remodelar y crear la ciudad mundial. Es evidente que se construyeron gran cantidad de edificios para albergar la estructura financiera e informática. Las grandes consultoras financieras y económicas manejan en general la ciudad ocupada por los que Milton Santos denomina los del tiempo rápido. Con gran instalación de equipos como fibras ópticas, cabos, fax, en fin todo el arsenal que la alta tecnología de la información exigen. Por otro lado, en este estrato social, existe el incentivo de remodelar y recuperar las estructuras históricas a fin de incentivar el turismo, no solo de masa, sino también de ese nuevo consumidor que es el participante de la sociedad informacional. Y nace en la ciudad un nuevo espacio cultural. Véase el caso de Puerto Madero, en Buenos Aires, remodelado para el consumo de los altos estratos sociales internacionales y del país. En México, el Paseo de la Reforma, Polanco, el sur de la ciudad. Los centros históricos, los festivales de música, el carnaval en el caso del Brasil, es una manera de reubicar la cultura local para el consumo en las redes de la globalización. En México, cita Canclini, el Estado permite el uso de la ciudad de México, como palco para filmar películas extranjeras.

La ciudad aparece incluida en el circuito de la formación de redes. El espacio de los flujos, ultrapasando el espacio de los fijos, en expresión de Milton Santos. Hay una redefinición del sentido de lo urbano. Hay un reordenamiento del cotidiano, de esa pequeña camada de la población que está integrada y que usa la ciudad a través de vínculos electrónicos y telemáticos. Desde el punto de vista de la población hay una enorme masa de desempleados, los «excluidos». El índice de desempleo en las grandes, y medias ciudades es altísimo. Buenos Aires llega al 28 por 100 en 2002, São Paulo está en el 18, Río de Janeiro alcanza la tasa de 12 o más, según datos del año 2000. En el espacio de la ciudad aparecen los «guetos», un lugar se ha abierto en otros tantos lugares fragmentados, sin relación entre ellos. La ciudad ya no tiene sólo un centro como ocurría en la «histórica», ni es policéntrica como la «industrial». Hoy es una ciudad sin centro, que se encuentra en varias partes por la combinación de la realidad espa-

cial con la definición sociocomunicacional de la ciudad transitando por nuevos territorios definidos por redes cibernéticas.

La gran ciudad nos presenta hoy nuevas identidades que se materializan en las redes de flujos, en los procesos de transmisión del conocimiento, en las diversas relaciones comerciales, en las relaciones internacionales, pero también en los millones de desempleados, los sin perspectivas de nuevos empleos, en las encrucijadas de las redes de las drogas, en los flujos parapoliciales, en fin, en definiciones de una multiplicidad de territorios geográficos transmutados por los nuevos actores sociales.

Castells define estos nuevos actores sociales como el de los «desinformados», que solo tienen imágenes. Los «sobre informados» que viven en el torbellino sin saber a donde llegar y finalmente los «informados» que seleccionan, ordenan y pueden pagar la información. Estos son los dueños del poder, de la riqueza, de la tecnología que los conecta con la red global.

Buscar el sentido de la ciudad cada vez más exige trabajo de campo, explorar lo que quedó de las ciudades de las globalizaciones anteriores, la desestructuración que ocurrió, las nuevas formas o las viejas con nuevos contenidos.

«El sentido de la ciudad se constituye en lo que la ciudad da y en lo que no da, en lo que los sujetos pueden hacer con su vida en medio a las determinaciones del hábitat y lo que imaginan sobre ellos y sobre los otros para suturar las fallas, las faltas, los desengaños con que las estructuras y las interacciones urbanas responden a sus necesidades y deseos».(Canelini, 1993, p. 9)

En fin, la experiencia, la democracia, la identidad son locales, del lugar, aunque las circunstancias introducidas por la «globalización económica actual», trajeron consigo un gran movimiento de revuelta, de incorformidad, de recuperar los valores perdidos a partir del Fórum Social Mundial, este sí un movimiento global.. Vivimos la dinámica constante entre lo que la ideología quiere imponer como que es global y lo que nos interesa, y por lo que hay que intensificar la lucha, que es también local.

Por último, para terminar, citaré una frase de una entrevista con Manuel Castells en el diario El País de Madrid: «Los valores de la sociedad de la información son: la autonomía individual, el proyecto, la creatividad, la innovación, la navegación en red. Esta sociedad tendrá nostalgias de la familia, cuya forma patriarcal está desapareciendo; de la patria, disuelta en el Estado/ red; del empleo de trabajo fijo, que nadie más lo tendrá en los próximos 10 años, y especialmente de Dios, más discutido y más necesario que nunca en un mundo de turbulencias».

São Paulo, marzo de 2004

BIBLIOGRAFÍA

- BENKO, G. (1996): *Economía. Espaço e Globalização na aurora do século XXI*. Sao Paulo, Hucitec, 266 pp.
- BOSQUE MAUREL, J. (2000): «Ciudad y globalización» *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 20, pp. 33-48.

- BRAUDEL, F. (1984): *Producción material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial.
- CANCLINI, N. G. (1993): «México: la globalización cultural en una ciudad que se desintegra». *Revista Ciudades*, RNIU, México, n.º 20, pp. 3-11.
- ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, J. (1999): «Representaciones de la Globalización y el papel del Espacio». GEOUSP, *Humanitas*, São Paulo, n.º 5.
- FERRER, A. (1996): *Historia de la Globalización. Orígenes del orden económico mundial*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- FORTUNA, C. (Org.) (1997): *Cidade, Cultura e Globalização*. Celta Editora, Portugal.
- IANNI, O. (1995): *A Sociedade Global*. Río de Janeiro, Edit. Civilização Brasileira, 3.ª edic.
- LEMONS, A. I. G. de (1999): *Desenvolvimento Urbano: novas territorialidades nas áreas metropolitanas da América Latina*. Trabalho apresentado no VII Encontro de Geógrafos de América Latina, Puerto Rico, março de 1999.
- LEMONS, A. I. G. de (2000): *Metropolização, Qualidade de Vida e Meio Ambiente: Um olhar na realidade da metrópole paulistana*. Trabalho apresentado no Encontro do mesmo título do IBGE, Río de Janeiro, 8 de maio de 2000.
- LEMONS, A. I. G. de (1996): *Modernidade e Metrópoles latino-americanas*: Río de Janeiro e Buenos Aires, Tese de Livre Docência apresentada no DG. FFLCH-USP, São Paulo.
- ORTIZ, R. (1997): «Mundialização e Cultura». *Espaço Aberto*, Jornal Estado de São Paulo, 13/1/1997.
- RAFFESTIN, CI. (1993): *Espaço e Poder*. São Paulo, Ed. Atica.
- SANTOS, MILTON e outros (Org.) (1994): *Território, Globalização e Fragmentação*. São Paulo, Hucitec, ANPUR, 332 pp.
- SANTOS, MILTON e outros (Org.) (1997): *Fim de Século e Globalização*. São Paulo, Hucitec, 3.ª edic., 343 pp.
- SANTOS, MILTON (2000): *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal*. Río de Janeiro-São Paulo, Record, 174 pp.
- SOUZA SANTOS, B. (1989): *Introdução a uma Ciência Pós Moderna*. Río de Janeiro, Graal.
- TENTI FANFANI, E. (1999): *Civilización y «Descivilización» Norberto Elias y P. Bourdieu intérpretes de la cuestión social contemporánea*. Texto presentado en el I Congreso Interoceánico. Mendoza (Argentina), marzo de 1999.